

LUSSICH, ANTONIO (1848-1928)

*DIÁLOGO ENTRE LOS PAISANOS*

(Cantalicio Quirós y Miterio Castro en un baile del Club Uruguay)

ÍNDICE:

I

¿DEAÓNDE SALE GAUCHO CASTRO

II

HACE DOS O TRES SEMANAS

III

DENTRANDO, AL COSTAO DERECHO

IV

AL IGUAL QUE COMO EL POTRO

V

NI ENTRE SUEÑOS JAMÁS CREÍ

VI

TUITITO AQUEL CANCHERÍO

VII

COLAOS ENTRE LAS PALOMAS

VIII

YA MUY DENTRADA LA NOCHE

IX

TOCÓ LA GÜELTA A UN NACIÓN

X

LO MESMO QUE UN CAÑONASO

XI

Y DIA Y ROMPIERON EL FUEGO

XII

## CRÉALÓ AMIGO QUIRÓS

### DIÁLOGO ENTRE LOS PAISANOS

Tratando de un concierto musical y baile que tuvo lugar en Montevideo.

### PERSONAJES

CANTALICIO QUIRÓS.  
MITERIO CASTRO.

I

CANTALICIO QUIRÓS

¿Deaónde sale gaucho Castro  
dispués de tan larga ausencia?...  
En el pago, su presencia  
ya no había dejao ni rastro.

MITERIO CASTRO

Viviendo de brinco en brinco  
por esos mugidos de Dios,  
y aquí me tiene Quirós...

CANTALICIO QUIRÓS

¡Vaya alargando esos cinco!

MITERIO CASTRO

La mano quiero apretar  
del viejo amigo querido,  
porque el soplo del olvido  
nunca mi pecho hizo helar.

CANTALICIO QUIRÓS

¡Ya me largó un preludeo!  
Si el rollo suelta del canto,  
hasta puede darle un tanto  
al sorsal con su gorgo.  
Y apéese de una vez,

no ande orqueteao a lo gringo,  
Sino desloma ese pingo  
porque usté pesa por diez.

MITERIO CASTRO

Pero su cuerpo... es en bruto  
mucho más pesao que el mío,  
que lo tengo tan vacío  
como el güeco de un cañuto.

CANTALICIO QUIRÓS

Mi peso es cuñao, de ley,  
soy retacón y maciso,  
y á usté su madre lo hizo  
ternerito cuerpo e güey.

MITERIO CASTRO

Las comparancias no pierde  
cuando puede echar un taco;  
mientras mi zaino, de flaco  
sólo compara lo verde.

CANTALICIO QUIRÓS

Le sacó al pobre la chicha  
sigún lo aplastao que viene;  
suéltelo pa que se enllene  
pues si ayuna más, espicha.

MITERIO CASTRO

Mire amigo Cantalicio,  
cuando usté ha sido muchacho,  
dicen por ahí que era amacho,  
y hoy ni sirve pa... un servicio.

CANTALICIO QUIRÓS

Paresé, no facilite,  
que aunque tenga el pelo blanco,  
no me creo nada manco  
ni endesponido pa un quite.

MITERIO CASTRO

Eso sí, mas no es el de ante  
en lo liviano y juersudo,  
que en el trance más peludo  
como toro era de aguante.

Y ansina es el animal,  
hasta que puede, trabaja,  
mas cuando afloja la caja  
se entume en cualquier barrial.

Véalo junto al palenque,  
ya ni puede con las carchas...

CANTALICIO QUIRÓS  
Es que de juro en las marchas  
lo habrá curtido a rebenque.

MITERIO CASTRO  
Nunca con él fi corsario  
y lo monto de potrillo.  
Porque el zaino doradillo  
siempre ha sido voluntario.

CANTALICIO QUIRÓS  
Lárguelo ahí por esa orilla  
que está muy tiernito el pasto,  
sino allá, pa darle abasto  
tengo un tendal de gramilla.

Apúrese y del tirón  
rumbiaremos pa las casas,  
pues a sacar por sus trasas  
tamién viene delgadón.

MITERIO CASTRO  
¡Siempre trucha mi aparcerero!..

CANTALICIO QUIRÓS  
Por su mujer, amigaso  
vaya el golpe de rechazo...

MITERIO CASTRO  
¡Pucha gaucho terutero!  
Al vuelo tuito lo atrapa  
nunca lo agarran sentao...

CANTALICIO QUIRÓS  
Si al que ha sido güen soldao  
ni un resuello se le escapa.

MITERIO CASTRO

Como es tan escarbador,  
ya me caló por encima  
que traía floja la prima  
y el buche como tambor.

#### CANTALICIO QUIRÓS

Algo hallaremos por áhi  
con que entonar la barriga;  
hay pronto un guiso de hormiga  
y hachuras de bacaray.

#### MITERIO CASTRO

Es de mi flor la merienda  
pa que usté le haga un amago,  
pero antes alumbre un trago  
que hasta el mondongo me encienda.

#### CANTALICIO QUIRÓS

Lo que es aquí, por chupanza...  
el garguero no asujete,  
tengo lleno hasta el gollete  
un porrón... pura esperanza...

#### MITERIO CASTRO

Cuando alimenta, su voz  
no es de juro desabrida,  
pero en barriga vacida  
esperar es cosa atroz.

#### CANTALICIO QUIRÓS

En el cuidao del umbligo  
es usté gaucho afanoso;  
Su vientre ha de ser un poso  
de la vaciedá enemigo.

#### MITERIO CASTRO

Ya que se toma interés  
por este pobre cristiano,  
vámonos derecho al grano  
y a calentarnos los pies.

#### CANTALICIO QUIRÓS

Belay viejo la cocina,  
vaya empinando este frasco,  
mientras preparo un churrasco

de ternera papafina.

Y córrase pa el fogón  
porque la tarde está fría,  
y suelte alguna armonía  
de su fina ispiración.

Que gusto tendré en oirlo.  
Tiemple hermano la guitarra,  
que si en sus manos la agarra  
saca más notas que un mirlo.

MITERIO CASTRO

Como quiere que me lusca  
si mi canto es muy sencillo,  
no le pida al candil brillo  
ni brasa a la charamusca.

La voz de un pobre cantor  
nunca da sonido dulce...

CANTALICIO QUIRÓS

Dispués que la viola pulce  
brotará algo superior.

MITERIO CASTRO

Pues largaré sin rodeo  
de mi pecho los sonidos,  
entre una fiesta nacidos  
de la gran Montebideo.

II

MITERIO CASTRO

Hace dos o tres semanas  
que en este pago me encuentro,  
habiendo andao por adentro  
en el trajín de unas lanas,  
donde perdí hasta las ganas...  
de comer, de atribulao,  
pues le di plata a un letrao  
pa arranchar cierto negocio,  
y era una liendre el tal socio  
que me largó trasquilao.

Lo conocí a ese ladino  
en una fonda mentada  
ande va la paisanada,  
junto al Paso del Molino;  
frente a frente y de vecino  
lo tuve en la misma mesa,  
y mi fortuna traviesa  
quiso que a él me ayuntara,  
viniendo a costarme cara  
la unión con tan güena piesa.

Comensó a meterme prosa  
ponderando su gran sencía,  
su vaquía, su esperencia  
y qué sé yo cuánta cosa,  
mentando su marcha honrosa  
en tuito lo que emprendió;  
Y tanto me engatusó  
con el poder de su labia,  
que aunque decirlo da rabia  
el pueblerero me bolió.

Como mancha de tiñoso  
al cuerpo se me pegaba,  
mientras la cacha arreglaba  
pa sambullirme en el poso.  
¡Nunca creí que juera el moso  
de tan mala encarnadura!  
Pues era tal su dolsura  
que al gaucho más abispao,  
de juro le habría pegao  
en medio a la matadura.

#### CANTALICIO QUIRÓS

¿Cuál hay d'ellos que no se abra  
al compromiso más fiel?  
Largan veneno entre miel  
pa engañar con su palabra.  
Al monte tira la cabra,  
y ellos, tiran... pa el bolsillo,  
porque amigo hay cada pillo  
entre esa gente escrebida,  
que en cuanto usted se descuida  
lo dejan sin un cuartillo.

MITERIO CASTRO

Yo pasé por tal ebento,  
a la otra tarde el criollaso  
se me vino apuradaso,  
cargao con un ducumento  
de ganarnos mil por ciento  
sin mucho sacrificar,  
pudiéndole yo aflojar  
algún unto de manteca,  
pa darlo sobre poteca  
de un chiquero junto al mar.

Pa más seña, en galantía  
cierto tinterillo trujo,  
aperao con mucho lujo  
de pura chafalonía.  
Dije, que pa mí no había  
tal necesidá estremosa,  
porque una persona honrosa  
basta y sobra pa cumplir,  
y al punto lo iba a servir  
con gusto en cualesquier cosa.

Ahí nomás me descargó  
una embestida a lo toro,  
que de mil pesos en oro  
esta chuspa rabonió.  
Su vista relampaguió  
cuando los tuvo en la mano...  
¡Pucha, lo que es el cristiano  
en tratándose de plata!  
Como pa el queso la rata  
y la osamenta el gusano.

Ya comenzó a voraciar,  
y aquella mesmita noche  
me acorraló contra un coche  
pa dir al pueblo a bailar;  
Diay me hizo desnudar  
todito mi gaucho apero,  
por un traje de pueblero  
pa que anduviera aligante,  
y abiao quedó en un instante...  
Se entiende, con mi dinero.

Dende el sombrero a la bota,  
de la sortija al relós,

quedé nuevito, ¡Quirós!

Y no lo digo en chacota  
las patas le vi a la sota,  
porque de tan paquetaso  
daba andequiera gataso...  
¡Lo que va de ayer a hoy!  
Pues de desplurnao que estoy  
tengo que dormir al raso.

Ese es el triste barato  
que yo le debo a ese laucha.  
¡Lindo me peló la laucha  
embrollándome en el trato!...  
Pero, amigo, a ser ingrato  
jamás mi pecho se priesta.  
Con él, gocé en una fiesta,  
por él, le cuento esa historia  
y no olvida la memoria  
¡lo que tan caro nos cuesta!...

Diay salimos en collera  
con rumbos a la riunión,  
ande había una procesión  
de coches en la tranquera.  
Caía al batuque en chorrera  
el gentío entreverao,  
de la puerta apeñusco  
correrse al patio quería,  
pero un nación le pedía  
el dentre a cada embitao.

Viejas, mosas, gordas, flacas,  
ahí lucían sus petates.  
Letraos, estrangias, manates,  
mamporras y currutacas,  
como rodeo de vacas  
se dentaban al corral.

Y había cada bagual  
con su piscoira del brazo,  
que más de una vez mi laso  
codicié... pa echarle un pial.

Cuando el momento llegó  
de meter el cuerpo adentro,

nos salió un moso al encuentro,  
po el boleto preguntó.  
De soslayo miré yo  
y vide a mi compañero  
haciendo seña al puertero,  
y qué sé yo qué le dijo,  
que del modo más prolijo  
nos dio cancha salamero.

Yo colejí de seguida  
al ver tal comedimiento,  
que le había aflojao ingüento  
pa ganarle la partida.  
¡Ansí amigaso es la vida!  
Por más que el hombre bien obre  
no teniendo unto de cobre  
vive en el mundo maldito,  
porque no hay mayor delito  
que el andar jediendo a pobre.

Dicen que el tal chafalote  
corsario es como carancho.  
Le dan por mal nombre, Sancho.  
Tiene ojos peidos, bigote,  
muy recargao de cogote  
y con patas de avestruz,  
que es más ligero que luz  
oí decir... pa los diudores,

¡Que juyen de sus amores  
como el diablo de la cruz!  
De juro que al verme allí  
aquel gallego soquete,  
habrá dicho a este paquete  
«No es criollo de por aquí  
»y viene a ver si se mete  
»de arriba en el camuatí.

»con sólo reconocer  
»la facha de ese lagaña,  
»se saca sin mucha maña  
»ni pretensión de saber,  
»que esa nube debe ser  
»del cielo de la campaña.»

Por eso que de soslayo

con desprecio me miró,  
pues claro, no se animó  
a enderesarme el caballo.  
Y diría, «éste es mal gallo  
»pa que lo desplume yo.»

Pero el día que lo encuentre  
cortao, en cualquiera punto,  
trataré de hacerle un dentre  
pa arreglar tan fiero asunto,  
sino el espinaso al vientre  
en esa ocasión le junto.

Si hasta el compinche del trato  
se alsó de mi compañía.  
Quién sabe donde andaría...  
Tal vez echando responsos,

pa engatusar a otros sonsos  
con su libia y picardía.  
No tiene suerte ninguna  
el gaucho de nuestra tierra,  
por demás su suerte es perra,  
como perra es su fortuna.  
Es mártil dende la cuna  
hasta que el oyo lo encierra.

CANTALICIO QUIRÓS  
No se aflija pues cuñado,  
ya es cosa vieja y resuelta  
que el mundo da mucha güelta,  
y el día menos pensao  
con la dicha se ha topao  
y entonces ya no lo suelta.

Cierta vez cuasi la muerte  
me larga al sol pansa arriba.  
Ya había quedao sin saliva  
de un atracón lo más fuerte.  
Y el que en tuavía yo viva  
lo debo a mi güena suerte.

Pero sería muy durable  
la relación de ese cuento  
y prefiero que usté hable,  
pa que no se corte el tiento

de tan machaco bailable  
que ha olvidao hace un momento.

MITERIO CASTRO  
Corriente amigo Quirós,  
vaya parando la oreja  
que de mi no tendrá queja...

CANTALICIO QUIRÓS  
¡Nunca lo permita Dios!  
Siempre hemos de ser los dos  
panal de la misma abeja.

MITERIO CASTRO  
Pues ya que su pecho brama  
ganoso de este barato,  
no puedo yo ser ingrato  
siendo amigo el que me llama,  
y allí va un gajo de la rama  
del árbol de mi relato.

### III

Dentrando, al costao derecho  
un cuarto cuajao había  
de ropa y sombrerería.  
El mostrador del despacho,  
un getón muy vivaracho  
a su cargo lo tenía.

Los combidaos le entregaban  
lo que era estorbo pa el frito,  
en cambio de un boletito  
pa al dirse cobrar la prenda,  
aflojando al de la tienda  
po el cuidao un regalito.

Mi capacho que era blando  
lo sambullí contra el seno,  
recelando que al sereno  
mi mate juera quedar,  
que el bagual que muerde el freno  
es malo de hacer parar.

Volví a acomodar la barba,

me eché pa tras la melena,  
y con mirada serena  
le tendí al campo un vistaso,  
por si caía en algún laso  
abrirme cancha sin pena.

Diay subí un escalerón,  
¡cosa hermano nunca vista!  
Mas ¿cómo pasar revista  
a tanto mesclao recuerdo?  
Que al querer seguir su pista  
en un merenjel me pierdo.

Llegué por fin a la raya  
de mi anhelo, con orgullo,  
¡viera colarse este grullo!  
Ande ni cabía una mosca,  
pero dentraba al barullo  
del cuerpo haciendo una rosca.

Y cuasi pierdo el resuello  
al formar en el montón.  
Me dieron tal rempujón  
que a un gringo cuasi lo estrello  
en la puerta de un galpón...  
¡Pucha digo! ¡qué atropello!

Y a otro costao me largué  
por librarme de esa gente,  
pues vale más ser prudente  
en algunas ocasiones,  
que con la marca caliente  
andar en tribulaciones.

Más como allí de gentío  
estaba tuito relleno,  
ni una cuarta de terreno  
había pa retosar,  
sólo logré campo güeno  
dispués de mucho sudar.

#### IV

Al igual que como el potro  
que en el campo lo bolea,

tiembla, bufa, corcobeo,  
trastrabilla y se abalansa,  
hasta que por fin se cansa  
y de aplastao ni cocea.

Ansí al verme entre aquel lujo  
me quedé medio abombao,  
como sonso encandilao  
trompesando a lo borracho,  
y andaba de lao a lao  
lo mesmo que perro guacho.

Pa más pior calamidá,  
con las tantas caminatas  
las botas se me achicaron  
agrandándose las patas,  
y tan despiao me dejaron  
que iba arrastrándome agatas.

Si las mismas chiquisuelas  
se me hincharon del ardor,  
¡viera hermano! a lo mejor  
sentía cada calambre  
que hasta el cuero del matambre  
me crujía del dolor.

Y al cuete es que el hombre clame  
si la suerte no le liga,  
cuando se muestra enemiga  
hay que dejarla correr,  
que al cansarse de... moler  
suele venirse de amiga.

En ese apuro machaso  
yo creía ver las estrellas,  
pero amigo, esas querellas  
son muy fieras de contar,  
vale más hacer borrar  
hasta el rastro de sus güellas.

Al sentir chillar mis callos  
una tarimba pesqué,  
sobre ella me acomodé  
refalándome las botas,  
y pa oriarse las colgué  
porque sudaban a gotas.

Ya dende acuellas alturas  
agüaitar podía a mi antojo,  
y como tengo güen ojo  
no se me escapaba nada.  
Ansina es que no me encojo  
al largarle esta plumada.

Estando en esa tarea  
un moso se me apareció,  
y sólo la boca abrió  
pa decirme con voz ruda:  
«Ya que descalso quedó,  
¿a ver pues si se desnuda?»

Le retruqué de seguida  
sin meniarme del asiento,  
usté es hombre de talento  
por supuesto... entre las uñas,  
como el mío es del cimientito  
le doy aire a las pesuñas.

Diay se quiso retobar  
y cuasi suenan las latas.  
Yo que juyo a esas fogatas  
en campo de los puebleros,  
metí en las botas mis patas,  
llenas de respiraderos.

Rumbió el hombre pa otro lao,  
yo seguí viendo la fiesta,  
que en lo intrincao de la cuesta  
la dejamos hace un rato.  
Belay de nuevo el relato  
ya que su atención me priesta.

V

Ni entre sueños jamás creí  
ver ese mundo tan raro,  
y a usté cuñao le reclaro  
que de haberme en él metido,  
aunque me haiga costao caro  
no estoy nada arrepentido.

Entre mil luces brillantes  
había un cielo recamao.  
¡Nunca he visto más primores!  
¡Nunca igual suelo he pisao!  
¡Ni más sahumerio de flores  
en la vida he respiraio!

Allí las plantas más raras  
en lindas tasas lucían.  
Allí los pieses se hundían  
sobre flores olorosas  
y vide allí ¡tantas cosas!  
que nunca crei susistían.

¡Juna amante! ¡qué riqueza!...  
Hágase cargo amigaso  
que todo era puro raso  
dende el techao hasta el suelo.  
¡Si cuando oigo hablar del cielo  
creo que aquello era un pedaso!

Y llenos de bordaduras  
cada espejo era un portón  
y no me apode embustero,  
ni le cause admiración  
si digo, que en uno, entero  
se retrataba el salón.

¡Y qué cuadros! ¡virgen santa!  
Pegaos contra la paré.  
¡Boca abierta me quedé  
mirándolos frente a frente!  
Pues de pintura había gente  
que crei más viva que usté!

El sillerío y cortinaje  
estaba embolbido en oro,  
y aunque el ñateo inoro  
le juro sin tutubiar,  
que al más santo aquel tesoro  
era capaz de tentar.

Y unos asientos tamaños  
que sufrís los o llamarse,  
tenían como pa echare  
espaldar de punta a punta,

y en ellos podía acostarse  
de cuerpo entero una yunta.

Y redondeles de fuego  
ciertos cañutos largaban  
que colgaos del techo estaban.  
Y tanto su brillo era  
que ni un chiquito mermaban  
al de un sol de primavera.

La soledá y las tinieblas  
habían juido de aquel pago,  
pues nunca encuentran halago  
en donde reina la luz,  
ansí es que a su solo amago  
díay se hicieron repeluz.

## VI

Tuitito aquel cancherío  
estaba cuajao de mosas,  
lindas, fieras y graciosas,  
¡Pero bien encacharpadas!  
Si algunas parecían rosas  
del tallo ricién cortadas.

Era un enjambre en mistura  
de rubias y de morenas,  
unas sin gracia, otras llenas...  
unas gordas y otras flacas,  
y una punta de casacas  
como pa alivio de penas.

Muchísimo me almiró  
ver en sus cantores trajes  
unas nubes de colgajes  
de distintos pareceres.  
¡Si esa noche, las mujeres  
traían tuitos sus herrajes!

Cabeza, brazos y orejas  
eran puros rilumbrones.  
Tamién los ricos cinchones  
que estreñían sus cinturas.  
¡Pucha! daba comesones

mirar tan lindas figuras!

Si le hablo de sus vestidos  
va de juro a hacer cabriolas,  
y crea, no son mamolas  
pues yo al verlas me almiré,  
eran tan largas sus colas  
como de aquí a la paré.

Y al contrario de adelante  
estaban raboneaditos,  
pa que sus pieses bonitos  
se pudiesen admirar,  
y algunos de tan chiquitos  
al cuerpo lo hacían cimbrar.

Hágase cargo del resto,  
vi cada hombro y cada brazo  
tan redondiao y gordaso  
que hasta el tino hacían perder.

¡Si eran tuitas al barrer  
como pa cerrarles laso!

Yo me lambía al mirar  
medio entre cribo escondidos,  
sus blancos pechos fornidos  
en un constante latir.  
¡Dichoso el que en tales nidos  
pueda tranquilo vivir!

No hay guitarra ni cantor  
que acierte a dar con su acento  
el justo merecimiento  
a tal jardín de primores.  
Sólo Dios con su talento  
puede cantar a esas flores.

## VII

Colaos entre las palomas  
llenos de apuros y afanes  
andaban los gavilanes  
desentumiendo la geta,  
y eran en lo charlatanes

como usté pa la limeta.

### CANTALICIO QUIRÓS

¡Ya me largó un chaguaraso  
pa no perder la costumbre!...  
Que hombre habrá que no se alumbre  
en la escuridá de la vida,  
por que la santa bebida  
mata cualquier pesadumbre.

### MITERIO CASTRO

Largue al diantre sus retruques  
y prieste mucha atención,  
va usté a oír la rilación  
de su trafalario apero,  
comensando po el sombrero,  
rematando en el talón.

Medio arisquiando, entre ellos  
campo adentro me colé,  
y este cuerpo acuquiné  
contra un rincón de aquel cielo,  
ande había entrao con recelo  
y pronto me aquerencié.

Pero al creerme ya en la gloria  
tal retumbaso sentí  
que por cuasi me tendí.  
Y la causa de ese pango  
el farol jué de un chimango  
que estaba en frente de mí.

Era un redondel lustroso,  
muy renegrado y muy chato,  
como de puro aparato  
se daba viento con él...  
Quién diría que aquel pastel  
¡adentro encerraba gato!

¡Le hiso alguna brujería!  
Pues sin dar la voz de asomo  
hinchó aquella plasta el lomo  
pegando tamaño salto,  
¡y ahí nomás sin saber cómo  
se cambió en sombrero alto!

Cuasi reviento de risa  
al mirarle las chaquetas  
que esos plumarios sotretas  
allí traiban pa lucir,  
las que tenían, sin mentir  
más colas que tijeretas.

Por el frente, hasta el umbligo  
a más tirar llegarían,  
y del cuadril les salían  
tapando el anca y bien junta,  
dos anchas y largas puntas  
que cóleras parecían.

El chaleco muy abierto,  
arquetao en las orillas.  
Pantalón ancho en los fondos  
y estrecho en las pantorrillas,  
pa hacer resaltar, orondos  
sus teruteras canillas.

El botín bien charoliao,  
las camisas estiradas  
y corbatitas blanquiadas,  
manos sujetas en guantes,  
y unos cuellones tirantes  
pegaos contra las quijadas.

Si le hablara de sus prendas  
sería nunca acabar.  
Paremos pues de contar  
y mañana tempranito  
seguiré pegando al frito  
que tanto me dio que hablar.

### QUIRÓS

Su lengua ha de estar muy seca  
vuelva a empinar el porrón.  
Nunca es larga relación  
la de una historia que enllena,  
y es la suya más que güena  
porque encanta el corasón.

### MITERIO CASTRO

Le doy las gracias Quirós  
por tan delicao cumplido,

y aunque el canto pobre ha sido  
téngalo por verdadero.  
Es un abrojo nacido  
entre aquel jardín pueblero.

## VIII

Ya muy dentrada la noche  
el fandango principió.  
Diay una rubia salió  
apadrinándola un viejo,  
y en un sitio se paró  
dando espaldas al espejo.

¡Si era la mira un pimpollo!  
Tan humilde y sencillita,  
como graciosa y bonita  
diaonde quiera la mirara,  
porque de cuerpo y de cara  
era lo más parejita.

De una gran imprenturia  
dicen que el padre es el dueño.  
Criollo que pa un empeño  
nunca ha fruncido el hocico...  
No tocándole el bolsico  
que es de difícil ordeño.

Pues como le iba contando,  
la rubia en aquel momento  
se allegó a cierto istrumento  
y lo comensó a tantiar,  
hasta que le hiso largar  
el más primoroso acento.

Tendido de boca arriba  
un palomar parecía.  
Y en cada aujero tenía  
linda copa de cristal,  
que daba más armonía  
que el canto de un cardinal.

Le juro, del intusiasmo  
se hinchó hasta mi última vena,  
al mirarla tan serena

arrancándole sonidos  
que parecían los quejidos  
de un alma que vive en pena.

Y ella muy suelta de cuerpo  
a su albitrio se floriaba.  
¡Juna airiante! si asombraba  
ver que sus ligeros dedos  
de un lao al otro, sin miedos  
con prontitú los cambiaba.

Cuando acabó de tocar,  
hubo de manos tal ruido  
que yo me quedé aturdido.  
Y ella llena de sonrojos  
al suelo bajó los ojos  
por el triunfo conseguido.

Luego otra ninfa llegó  
dando la mano a un letrao,  
hombre muy espabilao  
oí decir... pa cualquier farra,  
pues nunca hay junción bisarra  
que él no sea el encargao.

Como toro era morrudo,  
entrepelao de color.  
Dicen que es rematador...  
de meriendas, por supuesto.  
¡Si en buche, da luz y resto  
al nandú más tragador!

Siguiendo pues mi relato,  
la mosa se jué a sentar  
frente a una laya de altar  
de relumbrante negrura,  
¡que hasta tenía bordadura  
en el mesuro respaldar!

Y estaba anchamente abierta  
media tapa delantera,  
formando muy blanca hilera  
de un teclao fino y parejo,  
que lustroso como espejo  
aguardaba a la pueblera.

Ansi jué: la deidá aquella  
una pregunta le hiso,  
y él que estaba sobre aviso,  
al sentir sus tiernas manos  
le respondió muy sumiso  
¡con relinchos soberanos!

Ya se le orquetó de firme  
comensando el preludio.  
¡Pero al llegar al punteo!...  
La calandria más cantora  
no lo iguala en el gorgo  
¡cuando saluda a la aurora!

¡Pucha! ¡joyera cada nota!  
¡Si daba calor aquello!  
Yo aguantaba hasta el resuello  
por no perder ni un sonido,  
y aunque tocasen degüello  
allí me habría sostenido.

Y ahí supe por un ladiao,  
que esa pueblera donosa,  
venía a ser de la otra mosa  
muy allegada parienta.  
Que en el piano tenía menta  
de tocadora famosa.

Cuando la última queja  
quedó de pronto apagada,  
como descarga cerrada  
un palmoteo sonó,  
y ella toda colorada  
pa su asiento se volvió.

Diay se vino otra muchacha  
que pegaba su gataso  
con un apero a machaco.  
¡Viera que aire retrechero!...  
La traía un nación del braco  
con facha de terutero.  
... el piano la soltó,  
... a ese istrumento  
... tomó asiento  
... a tentar;  
... movimiento

... a cantar.

No anduve errao: abrió un libro  
y al oír del piano el rasqueo,  
largó un divino floreo  
de su boca color guinda.  
¡Sin desajerar, no creo  
haber oído voz más linda!

¡Y qué cambios tan distintos!  
Aura era alegre su canto,  
dispués lleno de quebranto.  
Ya redamando ternura,  
ya cubierto de amargura.  
¡Mas siempre cuajao de encanto!

Yo le asiguro Quirós  
que me quedé disvariando.  
Los oídos tenía sumbando  
al mucho tiempo dispués.  
¡Si hasta soñé alguna ves  
que estaba a mi lao cantando!

Al morir l'último acento  
de tan lucida canción,  
en verdá, tuito el galpón  
creí que se viniera abajo,  
si era apludir al destajo  
¡con las manos y el talón!

Enseguida les trujeron  
unos ramos macumbeses  
sostenidos en tres pieses.  
De juro se los mandaron  
los que hacían allí de jueces,  
por lo bien que se portaron.

CANTALICIO QUIRÓS  
¿Serían esas canciones  
en criollo verdadero?.

·  
MITERIO CASTRO  
¡Se equivoca compañero!..  
Tuito lo que allí han cantao,  
jué en un aidomia estrangero  
de lo más arrebesao.

Yo procuraba entenderlo  
haciendo juersa de oreja,  
pero era fiera madeja  
pa poder desenredar.  
Y al igual que comadreja  
solo traté de agüaitar.

## IX

Tocó la güelta a un nación  
con facha de apolitano.  
Traía un violín en la mano  
lustroso y bien templaíto,  
pa estar pronto al primer grito  
que le diera el veterano.

Nunca creí que tal botija  
con cuerpo y cara de pucho  
habiera sido tan lucho  
en manejar el violín...  
¡Pero amigo, pa el serrucho  
era un rayo ese flauchín!

Viene aquí bien el reflán,  
que un matungo sin presensia,  
suele a veces ser más diestro  
que un pingo de resolbensia.  
Ansí aquel, era gran maestro  
bajo su triste aparensia.

¡Tocó y tocó de lo lindo!  
Si hasta el aire parecía  
que a escucharlo se tendía.  
O que algún ángel del cielo  
a la tierra bajaría  
pa alumbrarlo con su anhelo.

Diay se allegó a las carreras  
un tinterillo pansón,  
echao pa atrás, retacón,  
con tamañaso cogote,  
de melena y de bigote,  
y en ancas muy compadrón.

En cuanto pisó la raya  
jué preparando su rollo.  
Y al partir, ya mostró el pollo  
tener púas atiladas.  
¡Ah terne cumpa ese criollo!  
¡Daban hipo sus floriadas!

Por, oirlo mejor, las jentes  
asujetaron los frenos.  
¡Créalo no era pa menos!  
Y a más, me costa cuñao  
que era el tal cantor, mentao  
como güeno entre los güenos.

Dentro luego una morocha  
comensándose a quebrar.  
Yo le vide centellear  
sus ojastos color tinta,  
y que era muy rigular  
se conocía por la pinta.

Siempre poca mi palabra  
será, hay que yo la alabe.  
Si hasta creo que ni el ave  
de más templada garganta,  
la aventaja cuando canta  
a su voz tan dulce y suave.

Hubo una larga parada,  
que asigun yo lo malicio,  
jué pa despuntar el vicio  
y echar algunas humadas,  
mientras las hembras, sentadas,  
prosiaban y hacían bullicio.

Más tamién pa ellas llegó  
el momento del rescate.  
Via usté a tanto manate  
abrir cancha a duras penas,  
llevádoles tasas llenas  
de un traitibo chucolate.

Quise del gusto dar fe,  
y aunque medio embaretao  
de estar tanto acuquinao,  
las tabas desentumí,

me desperesé y salí  
con rumbos a otro costao.

¡Bien aiga el haber salido!  
Si al creme ya en la cocina,  
fi a dar contra una cortina  
tras la cual viché a una mosa  
sentada... en no sé qué cosa...  
de música... muy divina.

¡Jué pucha! la china al verme  
pegó una espantada tal  
que creí que le diera el mal.  
¡No era pa menos el tarro!  
Si al destaparse, hasta el tarro  
largó del susto el cordial.

Juyendo de tal sahumero  
pa otro lao me abalansé,  
pero ahí nomás refalé  
al meter mi cuerpo adentro,  
y del tobillo al encuentro  
tuitito me rajuñé.

Y maldiciendo mi suerte  
por andar tan en la mala,  
sumbando entré como bala  
pa el rincón diaonde salí,  
diay vía tuito el camuatí  
que se apiñaba en la sala.

A poco rato nomás,  
se largó garifo y crudo  
un petiso bigotudo  
de melón medio alumbrao,  
pero muy bien enfachao  
con trasas de copetudo.

Y ya abrió su boquerón  
como un horno de tamaño,  
¡viera usté chorriar el caño  
de aquel getón tan rebusto!  
Que el mirarlo me hacía daño  
y escucharlo daba gusto.

¡Tenía el bárbaro una voz!...

Igual a la de un sereno  
que en el pueblo solía oír.  
¡Si era aquello como trueno!...  
Pero debía ser muy güeno,  
¡pues lo hicieron repetir!

Otras hembras y varones  
lucieron allí su hechiso,  
y al decir ¡ya entubo el guiso!  
Aquel gran cajetillaje  
sacó del medio el sillaje  
y pa el baile cancha hiso.

X

Lo mesmo que un cañonazo  
de pronto allí retumbó  
que el cotorro alborotó,  
si jué como disparada  
de tropa que está encerrada  
y entre la noche se alsó.

Y ya enrabaos cabrestiendo  
tronaron distintos sonos  
de cajas y guitarrones,  
y otros muchos istrumentos,  
que hasta rayaban los vientos  
con sus lindas tonaciones.

Estaban los musiqueros  
entre un cerco acorralaos,  
del gentío separaos,  
teniendo al frente en hilera  
largas mesas de madera  
con sus libros preparaos.

¡Bien aiga! cómo seguían  
tan lindamente el compás  
que marcaba un capatás  
con su cañita en la mano,  
que cortes de punta y plano  
daba... al aire, en un sastras.

Entre ellos había un jastial  
de cachetes reformidos,

que daba tales soplidos  
como pa desgañitarse.  
Si en uno de esos bufidos,  
¡creí que juera a reventarse!

Y otros cuantos mariquitas  
de fachas lo más urañas,  
con unas flautas de cañas  
se floriaban compadrones,  
queriendo hacerse los liones  
con figuritas de arañas.

## XI

Y diay rompieron el fuego  
unos caras mal lambidas;  
Personas muy conocidas...  
¡En alguna banca al fiao!  
Que andaban de lao a lao

rastrando a sus consentidas.

Talvez muchos de esos quiebras  
que allí sacudían las latas,  
andarían... como ratas,  
apuesto a que del bolsillo  
colgándolos de las patas,  
no les caía ni un cuartillo.

Al crer que dían a bailar  
me llevé tamaño chasco...  
alcance cuñao el frasco  
que voy dentrando en calor...

CANTALICIO QUIRÓS  
Belay, cópelo sin asco  
que es un guindao superior.

MITERIO CASTRO  
¡Hasta verte vida mía!...  
¡Si en mis brazos la tuviera!...

CANTALICIO QUIRÓS  
Destape pues la hechicera  
que lo tiene tan blandito...

de juro alguna pueblera  
lo ha pialao en aquel frito.

MITERIO CASTRO

¡Me dio usté en la matadura!...

CANTALICIO QUIRÓS

¿Cuándo diantre he sido lerdo?...

MITERIO CASTRO

Es verdá, cuasi me pierdo  
pastoriando a una deidá,  
que dende esa noche está  
ayuntada a mi recuerdo.

CANTALICIO QUIRÓS

Quién es la favorecida  
pa ofertarlo una corona?...

MITERIO CASTRO

Jué una criolla comadrona  
hasta en el modo e pisar...

CANTALICIO QUIRÓS

¡Qué cuero pa una carona  
con ella pudiera armar!

MITERIO CASTRO

Pa cuero no hay como el suyo  
que está pior que chicharrón...  
Y oiga pues la rilación  
de aquella traidora china,  
que me largó con la espina  
clavada en el corasón.

Con el fuego de sus ojos  
más grandes que patacones,  
me encendió hasta los riñones.  
¿Y a quién no lo habrían ardido?...  
Si parecían dos tisonos  
¡de ñandubay bien prendido!

Como el forro de este poncho  
tenía labios coloraos,  
y unos cachetes rosaos  
a cual más gordo y masiso,

igual en lo redondeaos  
al anca de ese petiso.

Ni canilla de bagual  
aventajaba en blancura  
a la de aquella hermosura.  
¡Ni el sauce que cimbra el viento  
tiene mejor movimiento  
que su graciosa cintura!

Yo por sólo una esperanza  
de aquella mujer querida,  
hubiera dao media vida.  
Felis la pulga, que al menos  
por su sangre sostenida,  
vive y muere entre sus senos.

Si era esa criolla más rica  
mirándola po ande quiera,  
que costillar de ternera  
para un pobre muerto de hambre.

¡Ay hermano! quién pudiera  
meterle diente a ese fiambre.

CANTALICIO QUIRÓS  
Dejesé de tanta prosa  
y vaya derecho al grano...  
¡Pucha con el cristiano  
cuando el amor lo calienta!  
Del chaparrón más liviano  
suele hacer una tormenta.

MITERIO CASTRO  
No tuvo aquello de baile  
ni siquiera el preludio.

Se volvió puro paseo  
cada cual con su pareja,  
pa menudiar lengüeteo  
pico a pico y a la oreja.

No quedarían hacer sudar  
sus delicadas masetas,  
mientras que sus largas getas  
chichoniaban al botón,

porque de aquellos lambetas  
a cual era más chichón.

Sólo un moso achinaíto  
de patas medias carribadas  
y muy charcón de quijadas,  
corría po esos salones  
con las riendas aflojadas,  
sacudiendo los garrones.

Asigún avirigüé  
pastoriaba a una ricacha,  
que le conoció en la hilacha  
que traíba mala intensión,  
pues largó a ese cucaracha  
como a trapo, en un rincón.

Al ñudo se reditía,  
de balde se le apariaba  
y al cuete la enamoraba.

Ella en vez de su ternura,  
al infelís lo trataba  
pior que si juera basura.

Ansina es siempre el amor  
cuando no hay correspondencia.  
Sólo puede la pasensia  
calmar sus fieros rigores,  
porque ni la mesma ausensia  
sabe templar sus ardores.

Pueda ser que aquella ingrata  
que hoy lo tiene a mal traer,  
llegue un día a comprender  
lo que ha sufrido ese criollo  
y al fin, le dé por querer...  
¡Sambullirlo entre algún oyo!

Al nudo el musiquerío  
redoblaba las sonatas,  
¡pero qué! a esos papanatas  
en el baile chapetones,  
se le empacaban las patas,  
o eran flojos de tendones.

Yo me reíba compañero  
sin poderlo remediar,  
viéndolos aparentar  
dándose aires de muy luchos,  
siendo sólo unos matuchos  
que ni sirven... pa puntiar.

Ande no se muestran lerdos  
es cuando siguen la pista  
campiando alguna conquista  
de riñones bien forraos...  
¡Pa eso sí! los condenaos  
nunca son cortos de vista.

Y de tan escarbadores  
parecen muertos de antojo,  
se pegan como el abrojo  
siendo güena la parada,  
porque pa sacar tajada,  
¡saben lindo echar el ojo!...

Siguiendo pues mi relato,  
al ver tanta endiferencia  
se me escapó la pasencia.  
¡Si esa gente es pura labia!  
Créame, que de la rubia  
andaba... como la ausencia.

En vez, el estrangeage  
sin andarse con floreo,  
le prendía al macaneo  
sin mesquinarle canillas,  
llevando en el pataleo  
por delante hasta las sillas.

Me gustan esos nasiones  
que sin meniar la sin güesos,  
le pegan firme a los quesos...  
haciéndole al techo señas,  
porque andan como cigüeñas  
estirando los pescuesos.

En desentumir la geta  
no pierden tiempo al botón,  
sólo dan combersación  
y es lo que más les encanta...

Al gollete del porrón  
sin pijotiarle garganta.

Yo que presumo de listo  
tamién dentré al entrevero,  
y fi derecho al lucero  
que dende hoy le vine hablando...  
La que me largó sumbando:  
«En baile estoy caballero.»

¡En ese instante! la vida  
vendo por una bicoca.  
Si hasta creí que por la boca  
me saltara el corasón  
y ñublada, inquieta y loca,  
¡sentí mi clara rasón!

En cuanto mi hube calmao  
del proceder de la ingrata,  
salí de allí... como rata,  
yendo a embitar a otra china,  
y me retrucó la endina:  
«Me duele mucho la pata.»

Por cuasi deshago el baile  
de tan caliente que estaba.  
Si hasta el pelo me sudaba...

CANTALICIO QUIRÓS  
Son los golpes de la suerte,  
y al cristiano que le acierte  
le hace dar güelta la taba.

Siguro que las puebleras  
le sacaron por la falla  
que usté no era de su laya.  
Y al verlo medio despiao  
habrán dicho «este ladio  
no pasa de un gran morralla.»

MITERIO CASTRO  
Vi que por carta de más  
me miraban en la cancha,  
pero amigo, hice pataancha,  
y dije «si he de vivir,  
antes que llegue a morir

tomaré güena revancha.»

Y en menos que canta un gallo  
fi a clavar derecho el pico  
contra una cara de cuico  
que estaba sobre un sufás,  
lo más echada pa atrás  
bailando... con su abanico.

¡Jué pucha! se le abrió el cielo  
al ver que me le apariaba,  
tamién la infeliz estaba  
dentro de aquella riunión,  
más clavada que mojón  
porque mides la sacaba.

Le gané el lao de las casas,  
y la pobre me echó un tiento  
ofertándome el asiento.  
Pero al dirme a acomodar

largó tal jedor su aliento  
que tuve que disparar.

Si parecía hecho adrede  
pa clavarme en la estacada,  
ya con Palma sobajada  
por desengaño tan rudo,  
volví pa mi arrinconada  
corrido como peludo.

Al juir de aquella tarasca  
formó en dos filas la gente,  
y aliniaos de frente a frente  
se pusieron en batalla,  
pa ver cual era el valiente  
que mejor cáia a la raya.

Diay vino un desbarajuste  
de topadas y meneos,  
sacudidas, sapateos,  
saludos y morisquetas,  
remilgues, partes, piruetas,  
atajes y culebreos.

Allí estaban las fierambras

mesturadas con pimpollos.  
Gallos viejos entre pollos,  
milicos y cajetillas.  
En fin son puros embrollos  
las tan mentadas cuadrillas.

Entre aquel tendal de estrellas  
que alumbraban el salón,  
causó grande admiración  
cierta orientala de ley,  
que aunque de cuerpo de güey  
tenía blando el corasón.

Le galopiaba al costao  
un gaucho de facha rara.  
Muy largo y fiero de cara,  
lampiño, pelo encrespao,  
pa más señas tan delgao  
como caña de tacuara.

Redepente paró el baile,  
el clarín tocó a merienda.  
Y ya salió como hacienda  
la gente, de aquel corral,  
largándose a la trastienda  
pa echare al buche un cordial.

## XII

Créaló amigo Quirós  
que a tiempo jué la llamada  
pa tan fina combidada.  
Tenía rialmente un hambre  
que tragao habría un matambre  
de una sola bocanada.

Calculo que los demás  
el buche lo traíban seco,  
y en asegurar no peco  
que habla entreellos más de uno  
que iba allí... a llenar el güeco  
¡quién sabe de cuánto ayuno!

Diay, a la gata parida  
adelanté hasta un saguán,

y al igual que gabilán  
me le prendí fiero a un gringo,  
hasta sentar justo el pingo  
en la raya de mi afán.

.....  
.....

Si el baile era de lo lindo,  
la música de mi flor  
y el canto resuperior...  
¿Qué le diré compañero  
de aquel paraíso hechicero  
que se llama comedor?

Entre ramos soberanos  
cuajaos de olorosas flores  
de tuita laya y colores:  
jarrones, copas y juentes  
con adornos diferentes  
y otro mundo de primores:

De meriendas muy cuajada  
había tremenda mesa  
de extraordinaria limpia:  
creo que el gaucho más templao  
allí quedára abombao  
almirando tal grandesa.

¡Y era tanta la comida!  
Que al pensarlo me redito,  
y se me abre el apetito.  
Sería nunca acabar  
si comensára a charlar  
de aquel manantial bendito.

¿Bebida? ¡había más que peste!  
Viera cuñao ¡cada frasco  
como pa esgolletar sin asco!...  
Si tuve la tentasión  
de atropellar al montón  
aunque me hicieran churrasco.

Mirar aquello mareaba:  
Mis ojos saltar querían  
y las sienes se me hundían.  
La geta se me agrandaba,

las narices se me abrían,  
¡y el corasón me saltaba!

Y ya al cerco atropellé  
encegao por la codicia,  
le hice a un viejo tal caricia  
que a retaguardia quedó,  
y campo libre dejó  
pa abrir paco a la justicia.

Ya con el garguero pronto  
al dentre me preparé,  
un acomodo busqué  
pa templar un poco el frío  
de mi estómago vacío,  
y no quedarme de apié.

¡Pero esa noche! la suerte  
en todo me reulaba.  
Cuando ya tan créído estaba  
de atarascar la barriga,  
se me dio güelta la taba...  
¡Ni había sitio pa una hormiga!

Es que el primer escuadrón  
se apoderó por solpresa  
de la codiciada mesa.  
Lo formaban los casorios,  
muchachas y vejastorios  
que embuchaban sin peresa.

¡Puclra! y cargaban de firme  
a las presas más sabrosas,  
por igual viejas y mosas  
plumarios y tinterillos.  
Con miradas afanosas  
tragaban a dos carrillos.

Y una camada de mosos  
de aperos muy paquetones,  
eran los que hacían de piones  
pa tráir y llevar los platos,  
y destapar los porrones...  
Cobrándoles el barato.

Conocí que esos linternas

entendían el oficio,  
pues entre aquel estrupicio,  
eran listos por demás,  
sin nunca quedare atrás  
pa cumplir su güen servicio.

Los tomé mucho cariño  
por su modo y agasajo.  
Me di con uno al destajo,  
el cual me sirvió de mucho...  
Sin él, talvez nada embucho  
entre tanto malandrajo.

A retaguardia quedaban  
los cajetillas, paraos;  
Y lo más desimulaos  
cuando a las hembras servían,  
también sus hornos enchían  
con tremebundos bocaos.

Y entre jarana y chacota,  
entonaban bien la pansa  
con comestible y chupansa.  
Mientras yo esperaba ansioso  
como ternero goloso  
que a la vaca se abalansa.

¡Y qué bocas! ¡madre mía!  
Créí que me iba a quedar  
con las ganas de mascar,  
al ver aquellos tragones  
que parecían cimarrones  
po el modo de voraciar.

Los remilgues delicaos  
quedaron puertas ajuera  
de aquella riunión pueblera.  
Si esos finos pelagatos  
sólo a los frascos y platos  
su atención tenían entera.

Por fin se jueron al diante  
hartos de fiambre y bebida...  
Yo diay me colé enseguida  
contra una silla que al frente  
tenía ¡cada comida!

como pa dar gusto al diente.

Ansí calmó la ansiedá  
que tanta angustia me dio;  
Más pegao que saguaipé  
mi cuerpo clavao quedó  
en el sitio que agarré  
¡y que tanto me costó!

Lo mesmito que su pingo  
al sacarle usté hoy el freno  
se agachó como hijo ajeno  
a voraciar entre el pasto.  
Ansí a mí se me hizo güeno  
aquel campo pa hacer gasto.

Y ya sin más preludeo  
comencé a pegarle al frito,  
sin mermarle ni un chiquito  
en merienda y chupandina,  
se entiende, de la más fina  
pa templar bien mi apetito.

Estando ya medio en chiche  
y cuasi del todo hartao,  
ricién bide a mi costao  
que algunos me señalaban,  
se réían y me miraban  
como a macaco enjaulao.

Y estaba entre dos piscoiras  
como cristo entre judíos.  
Pero siempre tengo abios  
cuando se presenta el caso,  
y áhi más listo que bolaso  
cargué con tuitos mis bríos.

Yo malicié que las criollas  
me guiñaban de soslayo,  
y dije: «si me les callo  
voy a salir como... cuete».  
Pa no servir de juguete  
áhi no más les canté el fallo.

En lo mejor de mi prosa  
soltaron la carcajada...

Y jué por menos de nada...  
un regüeldo, que mi pecho  
de tan lleno y sastifecho  
le dio fácil escapada.

Diay se alborotó el cotorro:  
la broma fue general,  
y me vide medio mal  
pues gritaban esos brutos:  
«¡Que salga el de los erutos!...  
¡Vayasé gaucho animal!

Medioapretao por tal carga,  
maliciando un fiero tumbo  
de resultas de algún chumbo,  
gané la puerta de un brinco,  
y áhi no más me puse a rumbo  
como tres y dos son cinco.

Habiera hecho pata ancha  
pero ¿afigúrese cómo,  
sin embenao y sin plomo?  
Tomé como güen partido  
salir de allí... aunque corrido,  
por salvar mi pobre lomo.

Al dirme ya se acababa  
tan delicioso pandero,  
donde cuasi pierdo el cuero  
y los morlacos dejé,  
pero a él debo el darle fe  
de un gran festival pueblero.

FIN